

JUAN MARTÍN VELASCO,
UN SANTO, UN SABIO, UN MAESTRO, UN PROFETA

Chema Pérez-Soba
Profesor del Instituto Superior de Pastoral (UPSA)

Nos llega hoy la noticia de la muerte de Juan de Dios Martín Velasco. Hoy la Iglesia afronta, con dolor una ausencia insustituible en la comunidad. Y, a la vez, en la esperanza cristiana, la Iglesia alanza su alabanza a Dios en acción de gracias por el don que ha sido la vida de Juan, santo, sabio, maestro y profeta.

Porque Juan era un santo. Era un hombre de profunda fe, en el más pleno sentido de la palabra. No como una ideología o como un refugio afectivo irracional. Juan era un caminante que sabía de quién se fiaba. Toda su vida fue “tener la conciencia de que estamos visitados desde el interior de nosotros mismos e indagar constantemente, a lo largo de toda nuestra vida, quién es ése que nos ha visitado”. Y recorrió ese camino hasta el final. Eso es verdadera fe en Dios, eso nos enseñó que es, en verdad, creer.

Recuerdo un encuentro de estudiosos, teólogos, sociólogos, historiadores, sobre la crisis de la religión en el mundo actual. Cuando le tocó hablar a Juan, yo esperaba un discurso lleno de citas, de erudición, de análisis... y simplemente dijo: la crisis de la Iglesia es una crisis de fe. Me quedé desarmado. Y jamás lo he olvidado, porque era la verdad, la última y definitiva verdad. Preferimos guardarnos las espaldas con ideologías, con ritos, con palabras... a recorrer el camino, a buscar de verdad al que nos ha visitado. Y él lo sabía porque era un sabio de los de verdad.

Es verdad, Juan era un sabio. Fue casi el único en España (quizá con Lluís Duch) capaz de analizar con un rigor extraordinario el hecho religioso. Sus estudios sobre el hecho religioso son únicos y referencia necesaria en una sociedad aún dividida entre los ‘desprecian lo que ignoran’ y los que quieren volver a terrenos superados (que no perdidos). Y no solo eso: analizó el fenómeno místico con una hondura extraordinaria, y analizó con clarividencia nuestra sociedad para sintetizar todo su saber en propuestas pastorales claras, concretas y efectivas, que él mismo puso en marcha. Nos invitaba a ‘escuchar Su voz’, para construir un cristianismo y una Iglesia a la altura de lo que el Espíritu clamaba en los signos de nuestro tiempo. Todo su trabajo y acompañamiento pastoral en su parroquia de Vallecas fue un ejemplo de sencillez y entrega pastoral. Nada para él, erudito reconocido, era una misión pequeña. A todos quería atender.

Era sabio porque implicó toda su vida en construir esa Iglesia en reforma constante, en salida que pide Francisco, y sufrió los ataques y las heridas que conlleva esa implicación. Y, sin embargo, mientras en el mundo académico habitual (y en el eclesial, mucho me temo) esas heridas nunca se cierran, él las vivió con la paz de un corazón en Dios, de un corazón en verdad sabio. Y nunca le hicieron la más mínima mella. En la entrevista que le hicimos mi grupo de investigación sobre historia contemporánea religiosa hablaba de los conflictos del postvaticano II en España, de los que fue protagonista, con toda sencillez y hasta con humor.

Juan era un maestro. Cuando tuve que dar sus clases de Fenomenología en el instituto de pastoral, me sentí superado, porque todos me hablaban de lo que había significado en sus vidas ser alumnos de Juan. Y esperaban de mí eso mismo: no que diera clase, si no que

convirtiera vidas. Porque eso es lo que hizo Juan, entre otros conmigo. En la India tradicional ‘gurú’ es un maestro. No alguien al que adorar, sino alguien que ayuda a poner tu vida orientada al centro y te impulsa a recorrer tu propio camino. Eso era Juan para mí y para muchos de nosotros. El Instituto Superior de Pastoral, con él como director, se afianzó como una auténtica Escuela: no era solo un lugar de estudio, sino una fuente de inspiración pastoral y eclesial cuya influencia es mucho mayor de la que podemos medir. Se constituyó en un auténtico faro en momentos de tormenta, un hogar en los momentos más duros del invierno eclesial. Y Juan estuvo, está y estará en el corazón mismo del Instituto.

Por eso Juan era un profeta, pese a él, que jamás quiso figurar ni llamar la atención. Era un profeta porque leyó con su enorme lucidez los signos de los tiempos y denunció la injusticia del mundo y los errores evidentes de la Iglesia, y anunció un mundo nuevo, una Iglesia nueva, una nueva forma de ser sacerdote, de ser cristiano, de ser humano. Y muchos de nosotros sentimos que el Espíritu hablaba en él, y hemos empeñado nuestras vidas en seguir ese camino.

Estamos de enhorabuena. Aún con el corazón roto, sabemos que Juan está unido al Misterio de Dios Amor. Unidos a él, aunque nos sintamos incapaces de llenar su ausencia, tenemos la certeza de que Dios sigue llamándonos a impulsar, a ser, la Iglesia en la que nos enseñó a creer.

Gracia, Señor, por Juan.